

La izquierda en México. Esas ruinas que ves...

Antonio García de León *

Los vientos huracanados que arrasaron con el sistema imperante el 2 de julio del 2000, y que dieron los resultados conocidos, marcaron el final de toda una época, poniendo muy en claro, entre otras cosas, la naturaleza paradójica de lo que llamamos izquierda: esa compleja formación que, habiendo sido parte y contraparte del sistema, ha sido también pieza clave de la cultura política de los regímenes emanados de la Revolución. Habría que partir pues del hecho de que la izquierda en México fue siempre un sector de la amplísima alianza que confluyó en el PNR, en el PRM, y luego en el PRI, aunque algunas veces cobijó a los movimientos más radicales que venían de abajo. Pero mientras el anterior Estado se modernizaba, poniéndose al día con relación al resto del mundo, o intentaba hacerlo, la izquierda se mantenía como depositaria y guardiana de los viejos "usos y costumbres" de esa primitiva alianza. Esta permanente ausencia de un proyecto propio estructurado la pone en estos momentos en una desventaja tan grande que, a pesar de haber ganado la ciudad de México y algunos estados —en su mayoría con cuadros desprendidos del mismo PRI—, sigue teniendo una noción envejecida y congelada de lo que es el país, lo que posiblemente explica su retroceso general.

En el pasado, y con excepción de ciertos momentos claves y algunos destellos contraculturales, la izquierda se nutrió también de los movimientos que el antiguo régimen iba dejando al margen en su desarrollo y en sus procesos de transformación. Estos movimientos, rurales y urbanos, se habían acomoda-

do alrededor de un Estado que les daba coherencia y razón de ser. Por eso, cuando rompían con el soporte central estatal, el vínculo se invertía en la disidencia y la revuelta, sin dejar de mantener una relación política hecha de atracción y de rechazo. Poco a poco, y sobre todo a partir del ocaso del cardenismo histórico, que era el reflejo nacional de la época de los populismos y los frentes populares en todo el mundo, la izquierda se fue confinando hacia los márgenes opositores al Estado, pero sin dejar de girar en su órbita, vigilando además que el régimen se mantuviera más o menos leal a sus originales postulados. ¿Y qué mejor legado para la continuación de estos combates, que se renovaron a fines del siglo XX, que el cardenismo y el nacionalismo revolucionario...?

El movimiento social del 6 de julio de 1988 fue un parteaguas en la política mexicana, que condensó entonces no solamente una voluntad de cambio sino también la fortaleza de una tradición de viejo cuño, en tanto que la posibilidad del triunfo se daba alrededor de un magno desprendimiento del partido oficial, encabezado nada menos que el por el hijo del general Cárdenas y el grupo que lo acompañaba; al mismo tiempo, este movimiento absorbió a la corriente de resistencia popular legítima que venía de muy atrás; pero limitando, gracias a sus orígenes, sus bordes de democracia radical. Lo importante aquí es que, como la izquierda carecía de un proyecto propio alternativo, tuvo que ser un grupo desprendido del PRI el que encabezara las esperanzas de una sociedad civil ansiosa de una partici-



* Historiador y lingüista. Sus libros más recientes son *Fronteras interiores. Chiapas, una modernidad particular*, Océano, 2002 y *El mar de los deseos. El caribe hispano musical. Historia y contrapunto*, Siglo XXI Editores, 2002.

pación política que se reflejara en un cambio. Ahora me preguntaría ¿cuánto de aquel desprendimiento no tendría como razón que el PRI no haya entonces nominado como candidato a la presidencia a Bartlett en lugar de Salinas?, o bien, ¿qué significado tuvo la negociación posterior que asimiló el triunfo de Salinas y desmovilizó al movimiento del 88?

El nacionalismo revolucionario, abandonado por el partido oficial desde 1982, sirvió también, sobre todo después del derrumbe de los viejos paradigmas del marxismo, en especial el de la lucha de clases, de colchón protector y de recurso retórico de una "nueva izquierda", la que no lograba superar sus orígenes confusos ni ocultar sus limitaciones políticas: producto de largos años en la cultura de la conjura o de la colaboración lombardista, y que pasaba de un solo golpe al pragmatismo de las representaciones legislativas. Al quedarse en la orfandad ideológica, que era más bien retórica, otros paradigmas endebles aparecieron en escena después del 88, algunos de ellos alimentados por nuevos estallidos sociales: como el *sujeto étnico* (que desplaza a la lucha de clases) y la pugna por las autonomías indígenas, que aparecen después de la rebelión de Chiapas en 1994; o el concepto vago de "sociedad civil" y muy diversos tipos de "gestión social" que, en lugar de desarrollar nuevas formas de representación política, reproducían los antiguos usos clientelares del viejo sistema, pero sin ningún sustento ideológico. Lo curioso es que algunos de estos temas han sido retomados ahora por el PRI: y si no, no se explicaría como hoy, el mejor defensor de la Ley Cocopa es el gobernador de Oaxaca y los caciques son electos por "usos y costumbres" en aquel estado.

Con la derrota del PRI en las urnas, el antiguo punto de referencia de la izquierda, que justificaba su razón de ser, se ha derrumbado, arrastrando en su caída todo el entorno que también

hacía posible su supervivencia. La vieja idea de Jesús Reyes Heróles de abrirle a este sector un espacio legal y una representatividad política (por ejemplo, diputados plurinominales a los grupos radicales), bajo la noción casi taoísta de que "lo que resiste apoya", aparece ahora más descarnada que nunca en la implosión de esta simbiosis entre la izquierda y el anterior sistema. La crisis actual radica en que la forma antigua del Estado posrevolucionario constituía un punto de referencia indispensable: fuente de inspiración programática,



sobre todo en su antigua configuración, y referencia obligada para constituirse en "oposición" a este Estado y sus políticas. Principalmente, porque esa izquierda nunca se planteó en realidad un cambio revolucionario distinto al de la Revolución Mexicana ni, mucho menos, la toma del poder. Hoy, el pilar central ha sido abatido y la izquierda ha perdido el referente sin entender todavía lo que le ha sucedido. Es entonces cuando sus formas de organización interna aparecen más descarnadas que nunca, mostrando la enorme simbiosis que hay entre su crisis y la del PRI.

Aquí sería importante preguntarse hasta qué punto lo que en México llamamos izquierda no es sino una de tantas formas características de esa larga cultura moldeada por la cuestión social y el partido de Estado en la posrevolución: un sujeto político que había adoptado el lenguaje de las izquierdas coetáneas del siglo pasado

—sus mitos y sus deseos— y que, al mismo tiempo, funcionaba como garante de un régimen que se legitimaba en la Revolución de 1910 y que había surgido con la intervención estatal, el keynesianismo, el Estado de bienestar, la justicia social, etcétera.

En este sentido, hay que plantearse qué es la sociedad civil y en dónde está. Porque lo que así llamamos son sectores sociales que se cohesionan circunstancialmente, que aparecen y desaparecen en coyunturas específicas. Estos sectores que a veces tienen una sensibilidad de izquierda, nos hacen olvidar que existen también, hacia la derecha, franjas sociales que igualmente se consideran sociedad civil. La sociedad civil no tiene un compromiso ideológico y se mueve conforme a intereses coyunturales: fue capaz de parar la guerra en Chiapas y en las últimas elecciones participó de manera activa en el triunfo de Fox. Por consiguiente, la relación del PRD con esos sectores es puramente declarativa, convocándola cuando necesita justificar sus políticas caóticas e incoherentes. Por otra parte, los llamados de Marcos y el EZLN a esa "señora sociedad civil" han dejado de tener efecto, en la medida en que el movimiento se ha quedado rezagado políticamente.

Como sabemos, desde la caída del muro de Berlín la izquierda se encuentra en una crisis muy seria, apenas paliada por los nuevos esfuerzos de la lucha contra el neoliberalismo (algo que empieza a cuajar en Porto Alegre y en otros foros). La caída estrepitosa de las utopías ha sido demoledora y no termina de expandirse. En el ámbito nacional la cosa es aun peor, pues la izquierda partidaria, en lugar de estructurar un nuevo proyecto de sociedad y de nación, se aferra desesperadamente a un populismo clientelar y miserialista, peligroso por carecer de referentes programáticos: una subcultura de la despensa y el acarreo que recuerda más bien el cascarón del viejo sistema

y sus peores vicios. Los escasos foros en los que se discute el destino de la izquierda navegan a la deriva y, por lo pronto, sin resultados concretos. Tengo la impresión de que es una rueda continua en la que no se pasa de los enunciados y las buenas intenciones, o de las recriminaciones mutuas. No existen publicaciones de debate ni una prensa de izquierda lúcida y definida (a menos que consideremos como tal el puro amarillismo). No hay nada que cuestione al único partido de izquierda, pues sus correas de transmisión con la sociedad están totalmente rotas. Es por eso que, por ejemplo, los políticos del PRD aprueban todas las reformas y contrarreformas (y luego se arrepienten en público), mientras que los movimientos sociales se hallan bastante mermados y de ellos solamente quedan los núcleos de clientelismo y grupos de presión que hoy sirven a los intereses de algunos funcionarios o partidos. Y si se quita la izquierda "radical", lo que queda es el discurso arcaico del EPR para justificar algunos actos violentos o los actos vandálicos de los porros del CGH. El panorama es realmente desolador, un campo de ruinas...

En la nueva oposición se encuentran hoy, codo con codo, el PRI y el PRD. El uno ha perdido el poder del Estado, y el otro no ha sabido conquistarlo desde una nueva perspectiva, por ser en gran medida rehén del pasado y el bote de reciclaje del primero: una formación que se ve arrastrada por la burbuja implosiva del hundimiento del sistema en su forma anterior, porque de allí derivan sus lazos originales, parte de sus intenciones y su *genoma* constitutivo. Y para revertir esa tendencia de arrastre que genera cualquier naufragio, a veces peor para las pequeñas embarcaciones que rodean al buque mayor, se requerirá de una reflexión que considere de principio una nueva dimensión cultural, acorde con la nueva revolución de la información, más allá de los cambios

sólo anunciados y de los repetidos y onerosos fraudes que se infringen a sí mismos los viejos partidos. El ejemplo más revelador de lo que digo son las más recientes elecciones internas del PRI, que logran atraer a su arena de confrontación a todos... Así, y mientras un grupo de intelectuales, líderes de opinión y voceros de izquierda apoyaban a Beatriz Paredes o denostaban a Madrazo (Carlos Fuen-

tes, Federico Reyes Heróles, Miguel Ángel Granados Chapa, Jesús Silva-Herzog Márquez, etc.), los gobernadores perredistas han jugado en estas elecciones un papel más preponderante que en las de su propio partido, demostrando de paso que, despojado del poder, el PRI sigue controlando la totalidad de su núcleo original.

Así que, por lo pronto, como dirían los optimistas, no hay para dónde hacerse... ❖

